

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE GÁLATAS

**La meta de Dios: la filiación divina,
cuyo fin es ser la expresión corporativa de Dios
manifestada como la familia de la fe,
la nueva creación y el Israel de Dios
(Mensaje 12)**

Lectura bíblica: Gá. 3:26; 6:10, 15-16, 18

- I. La familia de la fe se compone de todos los que son hijos de Dios por medio de la fe en Cristo—Gá. 3:26; 6:10:
 - A. Esta familia universal es una gran familia, y el nombre de esta familia es *fe*; todos nosotros somos miembros de la “casa de fe”, esto es, de la familia de los creyentes:
 1. Los creyentes andan por fe, la cual es “lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”—He. 11:1; 2 Co. 4:13, 18; 5:7.
 2. Los creyentes reciben al Espíritu por el oír con fe; la fe proviene del oír de la palabra—Gá. 3:2; Ro. 10:17:
 - a. La palabra escrita de Dios es la Biblia—Jn. 5:39; 2 Ti. 3:15-17.
 - b. La palabra viva de Dios es Cristo—Jn. 1:1; Ap. 19:13.
 - c. La palabra de Dios, aplicada a nosotros, es el Espíritu—Ef. 6:17; Jn. 6:63.
 - d. Cuando acudimos a la palabra escrita de Dios, tenemos contacto con el Dios que es la palabra viva y se nos aplica el Dios que es la palabra del Espíritu, a fin de que podamos ganar más del Dios Triuno, quien es poderoso para dar vida a los muertos y llamar las cosas que no son como existentes (Ro. 4:17); por tanto, la fe es Dios mismo corporificado en Cristo y hecho real a nosotros como el Espíritu.
 - e. Cuanto más obtenemos de Dios de esta manera, más Él llega a ser nuestra fe; la fe es Dios mismo, quien se aplica a nuestro ser subjetivamente.

- B. Con fe, nada es imposible—Mt. 17:20b; 19:26; *Himnos*, #238.
- II. La nueva creación es una entidad divina y corporativa compuesta por todos los hijos de Dios (Gá. 3:26; 4:5, 7), la cual es producida mediante la obra redentora de Cristo, la regeneración efectuada por el Espíritu y la impartición de Dios en nosotros, y al entrar nosotros colectivamente como nuevo hombre en una unión orgánica con el Dios Triuno (6:15; 3:27-29):
- A. La nueva creación es la obra maestra de la vida y la naturaleza divinas—2 Co. 5:17:
1. La vieja creación no posee la vida y la naturaleza divinas, pero la nueva creación, la cual se compone de los creyentes, aquellos que han nacido de Dios, sí las posee—Jn. 1:13; 3:15; 2 P. 1:4.
 2. La nueva creación es el nuevo hombre, en el cual no tienen cabida nuestro ser natural, nuestro temperamento natural ni nuestro carácter natural—Gá. 3:27-29; Col. 3:10-11.
- B. “[No] vale ... sino una nueva creación”—Gá. 6:15b:
1. El punto principal de Gálatas es que nosotros somos la nueva creación y que debemos vivir por la nueva creación mediante la unión orgánica que tenemos con el Dios Triuno; la nueva creación cumple el propósito eterno de Dios, que consiste en que Él se exprese a Sí mismo por medio de la filiación divina—4:5; He. 2:10; Ro. 8:29.
 2. Debemos “andar conforme a esta regla”, a saber, la regla de ser una nueva creación; andar conforme a dicha regla equivale a andar por el Espíritu—Gá. 6:15-16; 5:25:
 - a. Vivir la nueva creación como hijos de Dios es andar regidos por la vida y la naturaleza divinas, tomándolas como nuestro principio gobernante y elemental; de este modo, llegaremos a ser la expresión corporativa, vasta y universal del Dios Triuno, con lo cual la filiación divina llega a su consumación.
 - b. Debemos andar conforme a la regla de la nueva creación, es decir, debemos seguir en pos de Cristo, nuestra meta, a fin de ganarlo a Él al máximo como el premio del llamamiento a lo alto que Dios nos hace—Fil. 3:13-16.
- C. Cristo, el Espíritu, la nueva creación y nuestro espíritu son

los cuatro asuntos básicos revelados en el libro de Gálatas, pues constituyen el concepto subyacente de la economía de Dios:

1. Cristo es el centro de la economía de Dios, y el Espíritu es la realidad de Cristo; nosotros llegamos a ser la nueva creación cuando el Espíritu que está en nuestro espíritu hace que Cristo sea una realidad para nosotros—Gá. 1:16; 2:20; 4:19; 3:2-3, 14; 5:16, 25; 6:15, 18.
 2. Por lo tanto, nuestro espíritu es vital, ya que nos permite llevar la vida de la nueva creación con miras al cumplimiento del propósito de Dios—v. 18.
- III. El Israel de Dios (v. 16) es el Israel verdadero (Ro. 9:6b; 2:28-29; Fil. 3:3), el cual incluye a todos los que han creído en Cristo, tanto gentiles como judíos, quienes son los verdaderos hijos de Abraham (Gá. 3:7, 29), pertenecen a la familia de la fe (6:10) y están en la nueva creación (v. 15):
- A. El verdadero Israel, esto es, el Israel espiritual, es la iglesia; hoy se necesita que el Señor recobre al verdadero Israel de Dios—v. 16; 3:7, 29.
- B. La paz desciende sobre el verdadero Israel de Dios, es decir, sobre aquellos que, al sembrar para el Espíritu, andan conforme a esta regla, la cual consiste en vivir la nueva creación—6:7-10, 15-16.
- C. Aquellos que conforman el verdadero Israel andan conforme a “esta regla” (v. 16), expresan la imagen de Dios y ejercen la autoridad de Dios; ellos son tipificados por Jacob, quien fue transformado en Israel, un príncipe de Dios y un vencedor (Gn. 32:27-28):
1. En Jacob vemos a Dios el Padre quien ama al hombre y lo escoge—Mal. 1:2; Ro. 9:10-13.
 2. En Jacob vemos que hemos sido destinados para llevar una vida de luchas todos nuestros días, en la cual el Espíritu nos disciplina con el propósito de transformarnos interiormente—Gn. 32:24-32; He. 12:6-11; 2 Co. 3:18.
 3. En Jacob vemos a Dios el Espíritu, quien en todas las cosas obra para el bien de los que le aman y quien los transforma y los hace madurar en la vida divina, a fin de hacerlos aptos para bendecir a todos los hombres, gobernar sobre toda la tierra y satisfacer a todas las

personas ministrándoles a Dios el Hijo como el suministro de vida—Gn. 27:41; 28:1—35:10; caps. 37, 39—49; Ro. 8:28-29.

- D. Al vivir la nueva creación, en la que dos vidas se han mezclado, llegamos a ser el Israel de Dios sobre la tierra hoy, es decir, llegamos a ser Sus príncipes y Sus vencedores y, como tales, ejerceremos Su autoridad y representaremos Su gobierno—cfr. Ap. 2:26-27:
1. Nuestro destino no es solamente ser hijos de Dios, sino ser reyes que rigen en el reino de Dios; lo que Pablo dice acerca del Israel de Dios da a entender que nosotros debemos vivir y andar como reyes—Ro. 5:17, 21.
 2. Para ser hijos de Dios que viven apropiadamente, es suficiente llevar el fruto del Espíritu, pero para ser reyes, esto es, el Israel de Dios, se requiere que llevemos otra clase de vida, que andemos por el Espíritu de una manera particular; es decir, necesitamos vivir como hijos de Dios y también como el Israel de Dios—Gá. 5:16, 25.
- E. Este vivir reinante y vencedor edifica el Cuerpo de Cristo y redundará en la consumación máxima del Israel de Dios, a saber: la Nueva Jerusalén—Ap. 21:2.

MENSAJE DOCE

LA META DE DIOS: LA FILIACIÓN DIVINA, CUYO FIN ES LA EXPRESIÓN CORPORATIVA DE DIOS MANIFESTADA COMO LA FAMILIA DE LA FE, LA NUEVA CREACIÓN Y EL ISRAEL DE DIOS

Oración: Oh Señor Jesús, te amamos, te necesitamos. Abrimos todo nuestro ser a Ti. Gracias por Tu sangre preciosa que nos lava. Aplícanos Tu sangre conforme a la evaluación que Tú le das. Gracias que podemos vencer al acusador por causa de la sangre del Cordero. Te amamos, Señor Jesús. Concédenos el oído para oír lo que el Espíritu dice a las iglesias. Gracias por la misericordia que has tenido de cada uno de nosotros. Gracias por Tu misericordia para con todas las iglesias. Gracias por Tu misericordia para con Tu recobro. Señor, te entregamos este mensaje final. Revélanos Tu meta divina. Muéstranos el deseo de Tu corazón como nunca antes lo has hecho. Amén.

En esta palabra de conclusión regresamos al enfoque central de la economía de Dios. Además, en este mensaje queremos ver la meta de Dios. En el mensaje anterior vimos que sembrar para el Espíritu equivale a tomar al Espíritu como nuestra meta. El Espíritu está en nuestro espíritu, y nuestra meta diaria debe ser tocar este Espíritu que está en nuestro espíritu y sembrar para el Espíritu. Al tomar al Espíritu como nuestra meta, vamos en pos de Él, ganamos más de Él y somos llenos de Él. Entonces, la meta del Espíritu llega a ser la nuestra. La meta del Espíritu, quien es la máxima consumación del Dios Triuno procesado, es la filiación divina, cuyo fin es la expresión corporativa de Dios manifestada como la familia de la fe, la nueva creación y el Israel de Dios.

Pablo escribe de la siguiente manera acerca de su conversión: “Pero cuando agradó a Dios ... revelar a Su Hijo en mí” (Gá. 1:15-16). Necesitamos que Su Hijo sea revelado en nosotros día tras día. La frase “Su Hijo en mí” expresa la meta de la economía de Dios, pues denota la filiación divina cuyo fin es la expresión corporativa de Dios. El Cuerpo de Cristo se resume en: “Su Hijo en mí”. Como consumación, la Nueva

Jerusalén también se resume en: “Su Hijo en mí”; ambos se refieren a un “mí” corporativo. Especialmente, en el libro de Gálatas vemos los tres aspectos de la meta de Dios, o sea, de la filiación divina, cuyo fin es la expresión corporativa de Dios, y estos aspectos son: la familia de la fe, la nueva creación y el Israel de Dios.

En el mensaje diez vimos que hay dos formas de andar por el Espíritu. En la primera, tomamos al Espíritu como la esencia requerida para andar de manera general en nuestra vida diaria. En la segunda forma, tomamos al Espíritu como nuestra senda mediante la cual llegamos a una meta específica. Andamos en formación militar, con un propósito definido, marchando hacia una meta específica. Tal como sabemos en qué calle está nuestra vivienda, y la ruta que debemos tomar para llegar a cierto lugar, en nuestra vida cristiana debemos entender que el Espíritu es la senda que seguimos a fin de llegar a una meta específica. Dicha meta es dar consumación a la entidad corporativa que sea la totalidad de la filiación divina, cuyo fin es ser la expresión corporativa de Dios.

Debemos valorar los dos espíritus revelados en el libro de Gálatas. En Gálatas 3:14 vemos que el Espíritu es la totalidad de la bendición del evangelio completo de Dios, la cual lo abarca todo. Nuestra necesidad es el Espíritu. Cuando tenemos contacto con el Espíritu que mora en nuestro espíritu, tenemos acceso a todas las inescrutables riquezas de Cristo, las cuales nos han sido dadas para nuestro disfrute, y que se nos imparten a nosotros a fin de que lleguemos a ser la plenitud de Dios que le expresa a Él. El libro de Gálatas concluye con las palabras: “con vuestro espíritu” (6:18). La bendición que lo abarca todo y es del Espíritu, está en nuestro espíritu en calidad de la gracia divina que se nos da para nuestro disfrute, a fin de que seamos llenos de las inescrutables riquezas de Cristo, quien es la corporificación del Dios Triuno hecho real a nosotros como el Espíritu todo-inclusivo. Por tanto, podemos ser llenos, saturados y empapados de Él en todas las partes de nuestro ser tripartito, para que le expresemos en toda Su gloria como el Cuerpo edificado, y finalmente como la Nueva Jerusalén. Por esta razón debemos valorar estos dos espíritus. El Espíritu divino mora en nuestro espíritu humano. Ambos espíritus se han mezclado como un solo espíritu. Es en nuestro espíritu mezclado que disfrutamos al Señor. Cuando andamos conforme al Espíritu que está en nuestro espíritu, andamos por la senda que nos conduce a la meta de Dios.

**LA FAMILIA DE LA FE SE COMPONE DE
TODOS LOS QUE SON HIJOS DE DIOS
POR MEDIO DE LA FE EN CRISTO**

**Esta familia universal es una gran familia,
y el nombre de esta familia es fe;
todos nosotros somos miembros de la “casa de fe”, esto es,
de la familia de los creyentes**

La familia de la fe se compone de todos los que son hijos de Dios por medio de la fe en Cristo. Esta familia universal es una gran familia, y el nombre de esta familia es *fe*; todos nosotros somos miembros de la “casa de fe”, esto es, de la familia de los creyentes. Gálatas 3:26 dice: “Pues todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús”. Gálatas 6:10 nos dice que somos la familia de la fe.

La palabra *economía* así como se ve en 1 Timoteo 1:4 proviene del vocablo griego *oikonomía*, la cual se compone de dos palabras: *óikos*, que significa casa, y *nómos*, que significa ley o administración. Por tanto, la economía de Dios es Su administración doméstica, Su plan familiar, según el cual Dios, en Cristo, ha de impartirse y forjarse en nosotros, junto con todas Sus riquezas, para que le contengamos y seamos llenos, empapados y saturados de Él, unidos a Él, mezclados con Él e incorporados a Él para expresarle por la eternidad. En esto consiste la economía de Dios.

Además, la economía de Dios es Su administración doméstica mediante la cual Él produce una casa espiritual, la casa de Dios, la iglesia del Dios viviente, según 1 Timoteo 3:15. De ahí que, la administración doméstica de Dios consiste en impartirse a Sí mismo en nosotros con el propósito de que moremos en Él y que Él more en nosotros. Al ser nosotros llenos de Él, llegaremos a ser la casa del Dios viviente. Además, en Mateo 21:13, el Señor nos dice que Su casa debe ser una casa de oración. Comparándolo todo, vemos que la administración doméstica de Dios, o sea, Su economía, consiste en producir la familia de la fe, la cual es la casa del Dios viviente y también una casa de oración. Si hemos de ser la familia de la fe, es menester que seamos una casa de oración. Nuestra vida diaria debe rebosar de oraciones. Debemos orar: “Señor, haz de la iglesia en mi localidad una casa de oración. Haz de todas las iglesias locales casas de oración”.

Cuando en nuestro diario vivir llevamos una vida de oración, de modo que lleguemos a ser personas de oración, nuestras oraciones nos

llevan a tener contacto con el Dios viviente. Entonces, el Dios viviente se convierte en nuestra fe viviente, y así llegamos a ser, en todo sentido práctico, la familia de la fe que cumple la administración doméstica de Dios. La familia de la fe, la cual es la iglesia, constituye una visión maravillosa de la meta de Dios. Nuestra verdadera casa no es la que se conoce por nuestro apellido familiar, sino que es la casa de la familia de la fe. El nombre de nuestra familia es *fe*. “Fe” es nuestra casa. “Fe” es nuestro nombre. Todos nosotros somos miembros de la casa de la fe. La iglesia es la residencia de la fe y se halla llena de fe.

La fe y Dios son sinónimos. La fe no es nuestra. En nuestro hombre natural no tenemos la capacidad de creer. Antes de conocer al Señor, tomé un curso en la universidad cuyo título era: “La vida y las enseñanzas de Jesús”. En una conferencia el profesor hablaba de algo que un historiador le llamaba: “El gran salto de fe”. Yo me dije: “¿Y cómo puedo dar semejante salto de fe? ¿Debo acaso echar mi mente en un cesto de basura para creer que Jesús es Dios?”. Mis conceptos eran, en efecto, velos que no me permitían ver. ¿Cómo podemos obtener la fe? El Dios que se infunde a nosotros en Cristo, viene a ser la capacidad que necesitamos para creer, es decir, nuestra fe.

Hebreos 12:2 dice: “Puestos los ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe”. Ya sea que nuestra regeneración ocurriera gradualmente, o en un momento determinado, de alguna forma, por la misericordia del Señor, nos olvidamos de todo y por primera vez pusimos nuestros ojos en Jesús. Al predicar el evangelio, debemos ayudar a las personas a ver a Jesús. Debemos decirles: “Olvídense de todo, y sólo vean a esta persona; pongan sus ojos en Jesús”. Lo que nos sucede cuando lo vemos a Él es totalmente asombroso. Cuando le vemos, Él se infunde en nuestro ser y llega a ser en nosotros la capacidad que se requiere para creer. Él es el Autor de nuestra fe.

¿De donde proviene la fe? En realidad, la fe nace en nosotros. Cuando vemos a Jesús, Él se infunde en nuestro ser y, como resultado, se despierta en nuestro interior un aprecio por Él, lo cual se convierte en nuestra capacidad para creer. Él es el que cree en nosotros. Esto no sólo debe ocurrir en el momento de nuestra conversión; antes bien, debemos experimentarlo todos los días. No asistimos a la reunión para vernos unos a otros; más bien, llegamos allí porque necesitamos ver a Jesús. Si estamos en la vida de iglesia por algún otro motivo, tarde o temprano nos decepcionaremos. Si asistimos al entrenamiento de tiempo completo, debemos simplemente estar allí para ver a Jesús. En

la vida de iglesia, nuestra vida cotidiana, en nuestra vida familiar, no debemos ver a nadie excepto a Jesús. A medida que le contemplamos, Él, empezando de nuestro espíritu, se nos infunde en cada parte de nuestro ser interior y así llega a ser nuestra fe. El aumento de Cristo en nosotros, o sea, el aumento de la fe, es el aumento de Dios mismo en nosotros. El aumento de Dios como la fe que se ha forjado en nuestro ser, equivale al crecimiento de Dios en nosotros, a nuestro crecimiento en la vida divina. Dicho crecimiento en la vida divina y el crecimiento de Dios en Cristo como el Espíritu de fe forjado en nuestro ser, equivalen a la edificación del Cuerpo de Cristo. Así que, cada día debemos ver a Jesús.

*Los creyentes andan por fe, la cual es
“lo que da sustantividad a lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve”*

Los creyentes andan por fe, la cual es “lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1; 2 Co. 4:13, 18; 5:7). En Hebreos 11:1 la palabra *sustantividad* implica dar sustantividad a la realidad de lo que no se ve. Para hacer que algo no llegue a ser real para nosotros, tenemos que darle sustantividad, o sea, dar sustantividad a la realidad de lo que no se ve.

Poseemos cinco sentidos. Tenemos el sentido de la vista; así que, le damos sustantividad a los colores mediante el sentido o facultad de la vista. También poseemos el sentido del oído, mediante el oído le damos sustantividad a los sonidos. Tenemos también el sentido del tacto. Cuando tocamos ciertas cosas, les damos sustantividad. Al tocar un objeto, lo percibimos como algo real, y si alguien nos dijera que ese objeto no existe, no le creeríamos. Además tenemos el sentido del gusto. Si queremos dar sustantividad a una bebida, sería ridículo verterlo en nuestro oído. Experimentamos los sabores porque tenemos el sentido del gusto. Finalmente, tenemos el sentido del olfato. El olor no es perceptible al ojo humano, pero cuando alguien ha comido ajo, de inmediato percibimos su olor. Por medio del sentido del olfato, les damos sustantividad a los olores, o sea los percibimos de forma concreta.

Hermanos y hermanas, tenemos un sexto sentido: la fe. Es por medio de este sexto sentido que podemos dar sustantividad a Dios. Es por medio de la fe que Dios es real a nosotros en este instante. Ningún argumento filosófico sería capaz de convencernos de que Dios no es

real, porque para nosotros Dios es tan real. Nosotros le conocemos y le hemos tocado. De hecho, podemos disfrutarle ahora mismo, y esto se debe a que tenemos un espíritu. Dios es Espíritu. Mediante nuestro espíritu damos sustantividad al Espíritu. Ejercitamos nuestro espíritu para darle sustantividad al propio Dios, quien es Espíritu. Según 1 Tesalonicenses 5:23, el hombre está compuesto de tres partes. Tenemos un espíritu, un alma y un cuerpo. En lo que respecta a nuestro cuerpo y sus cinco sentidos, podemos estar conscientes del mundo, tenemos una percepción del mundo. Debido a que tenemos un alma, nos damos cuenta de nuestra propia existencia y tenemos una vida pensante. Nuestro espíritu está consciente de la existencia de Dios, percibe a Dios mismo. Cuando ponemos nuestros ojos en Jesús, Él se infunde en nosotros como Espíritu vivificante. Él entra en nuestro espíritu como fe y se convierte en nuestra capacidad de creer. Fuimos regenerados en nuestro espíritu por medio de Él, esto es, nacimos de Él en nuestro espíritu.

En 2 Corintios 4:13 se dice que nuestro espíritu mezclado es un espíritu de fe. No debemos permitir que alguien nos diga que no tenemos fe. Ciertamente, necesitamos una mayor medida de fe, pero es erróneo afirmar que algo le sucedió o no le sucedió a un creyente porque él o ella no tiene suficiente fe. Tenemos un espíritu de fe, o sea, que la fe se halla en nuestro espíritu. Si en verdad hemos de ser la familia de la fe, debemos ejercitar nuestro espíritu todos los días, momento a momento. Por esta razón, el hermano Lee escribió la quinta estrofa de *Himnos #207*, que dice así: “Señor, enséñame a ejercitar / Mi espíritu y en él andar, / A contactar Tu Espíritu / Y así vivir Tu realidad”. Debemos orar: “Señor, enséñame a ejercitar mi espíritu”. En 2 Corintios 4:13 Pablo afirma que tenemos un espíritu de fe, con el cual podemos creer en todos los asuntos que se desenvuelven en el escenario divino y proclamarlos. Debemos ejercitar nuestro espíritu para poder creer. Hacemos esto al decir: “Amén”. “Amén” quiere decir: “Así sea”. Al decir: “Amén”, estamos ejercitando nuestro espíritu para decir: “Así sea en mí. Así sea, en los hermanos y las hermanas”. Ejercitamos nuestro espíritu para creer. Cada vez que hablemos, debemos ejercitar nuestro espíritu de fe. La fe se halla en nuestro espíritu y es, en realidad, Cristo mismo infundido en nosotros para hacer de nuestro espíritu un espíritu de fe.

En 2 Corintios 4:18 se afirma: “Por cuanto no miramos nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. Siempre estamos

viendo las cosas que no se ven. Vemos al Dios que es invisible, y que es real a nosotros. Cuando ejercitamos nuestro espíritu para darle sustantividad a Dios, todos nuestros cinco sentidos llegan a ser una realidad en la esfera divina y mística. Cuando ejercitamos nuestro espíritu, podemos ver a Dios y escucharle. Hemos escuchado a Dios durante este entrenamiento, no por el hecho de haber usado nuestra mente, sino porque ejercitamos nuestro espíritu. Podemos tocar a Dios y sentir Su fragancia. No estamos en un cuarto que está lleno de ajo, sino en un cuarto lleno de la “fragancia de Cristo” (cfr. 2:15). Además, gustamos de Dios. Salmos 34:8 dice: “Gustad, y ved que es bueno Jehová”. Gustamos de Dios al ejercitar nuestro espíritu de fe.

*Los creyentes reciben al Espíritu por el oír con fe;
la fe proviene del oír de la palabra*

Los creyentes reciben al Espíritu por el oír con fe; la fe proviene del oír de la palabra (Gá. 3:2; Ro. 10:17). Si realmente hemos de ser la familia de la fe, la cual no tiene relación alguna con la ley ni con la presente era maligna, debemos ejercitar nuestro espíritu de fe y amar la Palabra. Cada día debemos ejercitarnos en el oír con fe. Gálatas 3:2 y 5 dicen que Dios nos abastece abundantemente y que nosotros recibimos al Espíritu por el oír con fe. Dios nos suministra abundantemente el Espíritu por el oír con fe reunión tras reunión, día tras día y año tras año. Por esto necesitamos la Palabra. No somos cristianos que simplemente hacen obras, sino cristianos que oyen.

Lucas 10:38-42 dice: “Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies del Señor, escuchaba Su palabra. Pero Marta era llevada de acá para allá con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que también haga su parte. Respondiendo el Señor, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria. María, pues, ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada”. La buena parte se refiere a Jesús. Esto no quiere decir que no debemos servir al Señor, sino que no debemos distraernos de Cristo. Pero igual que Marta, podemos ser “llevados de acá para allá con muchos quehaceres”. Debemos ser como María, debemos escuchar la palabra del Señor cada día para que Él pueda infundirse en nosotros. Entonces todo servicio o labor que llevemos a cabo será Cristo mismo que opera en nosotros, a

través de nosotros y desde nosotros, como fruto de haberse infundido en nuestro ser. Por tanto, todas nuestras reuniones deben ser reuniones donde siempre escuchemos algo. En todas las siete cartas de Apocalipsis, cada vez que el Señor se dirige a los vencedores, Él dice: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). Todos los vencedores son creyentes que oyen. Lo que oímos depende por completo del ejercicio de nuestro espíritu y del hecho de que hemos vuelto nuestro corazón al Señor. Cada día necesitamos oír con fe a fin de tener contacto con Él.

Diariamente debemos tener contacto con el Señor en nuestro espíritu, debemos ejercitar nuestro espíritu para tocarlo a Él, y procurar con toda urgencia tener contacto con Él. Los Evangelios citan varios casos que dan testimonio de esto (Mt. 9:21; 14:36; Mr. 3:10; 6:56; Lc. 6:19). Marcos 5:24-34 describe a una mujer que había padecido de flujo de sangre por doce años. El flujo de sangre del cual padecía indica que ella estaba perdiendo la vida. Ella había probado de todo a fin de obtener la sanidad. El versículo 26 dice: “Y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía sin provecho alguno, antes empeoraba”. Pero de alguna manera oyó acerca de Jesús. Probablemente, ella se puso a considerar a Jesús en lo más profundo de su corazón; ella puso sus ojos en Él. La mujer se dijo: “Si toco siquiera Su manto, seré sana” (v. 28). Pero al Señor le seguía una multitud, y le apretaban (v. 24). Así que, ella se abrió paso entre la multitud y logró tocar Su manto (v. 27). En seguida ella sintió que estaba sana (v. 29). El Señor también percibió que de Él había salido poder y dijo: “¿Quién ha tocado Mis vestidos?” (v. 30). Los discípulos le dijeron: “Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?” (v. 31). No obstante, el Señor sabía que alguien lo había tocado. Él se había dado cuenta que de Sí mismo había salido poder. Más adelante, vemos que la mujer, atemorizada, le confesó al Señor que había sido ella. Y Él le respondió diciéndole: “Hija, tu fe te ha sanado; ve en paz” (v. 34). El Señor la sanó, porque ¡Él mismo había sido la fe de ella! Ella lo había tocado, y Él, como fe, se había impartido en ella, y fue esa fe la que la sanó.

No debemos ser parte de la multitud que aprieta y rodea al Señor. No debemos pensar: “Heme aquí en otro entrenamiento, en otra reunión. Todo esto ya lo había escuchado. Ya conozco todo esto”. Debemos ser como la mujer que estaba desesperada y decía: “Yo sólo quiero tocar al Señor y nada más me interesa”. Cuando usted le toca, Él

le responde y se imparte en usted. Todos debemos ejercitar nuestro espíritu de fe para tocar al Señor.

La palabra escrita de Dios es la Biblia

La palabra escrita de Dios es la Biblia (Jn. 5:39; 2 Ti. 3:15-17). Esta es otra manera de tocar al Señor. Necesitamos la Palabra, y debemos amarla. Especialmente los jóvenes deben amar este libro. No existe otro libro igual. Poco después de que yo recibí al Señor, otro hermano y yo acostumbrábamos llevar nuestra Biblia a donde trabajábamos. Cada vez que alguien subía al elevador junto con nosotros y nos veía la Biblia, se hacían a un lado. Si hubiéramos portado el Corán u otro libro, nadie se hubiera molestado, pues la Biblia es un libro especial.

Debemos valorar la Biblia como nuestro tesoro especial, especialmente la *Versión Recobro* con sus notas y bosquejos. Los bosquejos, los cuales están al comienzo de cada libro y usados como títulos en el texto, nos abren los cielos y nos introducen en la esencia y los significados intrínsecos de la economía de Dios que cada libro contiene. También les animo a que lean todas las notas de pie de página que figuran en la *Versión Recobro* de la Biblia completa [en inglés].

El hermano Lee nos contó acerca de la experiencia de salvación que tuvo cierto hermano. Este hermano todavía era un inconverso que buscaba a Dios cuando, en cierta ocasión, llegó a un templo budista donde halló, al aproximarse a un altar, una Biblia. Cuando empezó a leerla, el Señor empezó a infundirse en él como la fe, de modo que este hermano, arrepintiéndose, lloró y dijo: “Señor, yo creo en Ti”. Él fue salvo y posteriormente llegó a ser un colaborador. Tan sólo necesitamos tocar al Señor Jesús, y seremos infundidos de fe.

La palabra viva de Dios es Cristo

La palabra viva de Dios es Cristo mismo (Jn. 1:1; Ap. 19:13). La palabra escrita es la Biblia, pero el contenido de la Biblia es una persona viviente. Por eso, en Juan 5:39-40 el Señor dice: “Escudriñáis las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Mí. Pero no queréis venir a Mí para que tengáis vida”. Cada vez que acudimos a la Biblia y la abrimos, debemos tener un espíritu, una actitud y una atmósfera que son propios de uno que acude al Señor mismo. Debemos decir: “Señor

Jesús, vengo a Ti. Gracias por Tu palabra escrita. Quiero que seas para mí la palabra viviente”.

Juan 1:1 dice: “En el principio era el Verbo”. Al final, en Apocalipsis 19:13, todos los vencedores siguen a Aquel que lleva por nombre: el Verbo de Dios. En la actualidad estamos siendo preparados como la novia de Cristo al ser saturados de Él. En esta era, pagamos el precio para ganar más de Él, ser llenos de Él y ser infundidos con Él, a fin de que Él sea nuestra fe viviente. De este modo, llegamos a ser Su Novia, la que regresará junto con Él. Los vencedores siguen al Señor durante toda su vida, hasta que un día llegan a ser Su novia vencedora. Como la novia vencedora, ellos pasan su luna de miel en la batalla de Armagedón, en la cual Cristo toma la delantera para derrotar al anticristo y su ejército. Luego, Él establece Su reino sobre la tierra por mil años. Todos los vencedores —quienes constituyen la novia vencedora— celebrarán en el banquete con Cristo y le disfrutarán en “toneladas” durante los mil años. Ellos rigen y reinan con Cristo. Aquel a quien ellos siguen lleva por nombre el Verbo de Dios. A nosotros únicamente nos debe interesar la Palabra viviente.

La palabra de Dios, aplicada a nosotros, es el Espíritu

La palabra de Dios, aplicada a nosotros, es el Espíritu (Ef. 6:17; Jn. 6:63). El contenido de la palabra escrita, que es Cristo, la palabra viviente, debe ser aplicado a nuestro ser. La palabra que se nos aplica es el Espíritu. Efesios 6:17-18 dice que debemos recibir la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios. El Espíritu es la palabra de Dios que llega a ser para nosotros una espada. La manera de recibir este Espíritu, la palabra, es con toda oración. Es una gran misericordia el saber que podemos usar la Biblia como un libro de oración. Podemos leer la Palabra con oración, en oración y por medio de la oración.

Podemos disfrutar las palabras de la Biblia de muchas maneras. Podemos repetirlas, cantarlas o recibirlas con mucha consideración. Podemos usarlas en nuestra conversación con el Señor. Él nos habla a través de Su palabra, y nosotros le respondemos a Él, orando con Su propia palabra. Luego, al orar-leer Su Palabra, ésta se convierte en el Espíritu. La palabra constante, que es la Biblia, se convierte en la palabra aplicada a nosotros, la cual es el Espíritu en nuestro ser. De esta manera Él nos habla algo muy personal. El Señor nos habla a todos de manera corporativa, y además nos habla a cada uno de manera

personal. Esta palabra hablada para el momento y que es aplicada a nosotros en un instante, es la palabra griega *réma* y se refiere a la palabra que el Señor nos dirige a cada uno interiormente. La palabra *réma* es muy valiosa. El Señor dice: “Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”. Esta es la palabra que se nos aplica (Jn. 6:63).

Quando acudimos a la palabra escrita de Dios, tenemos contacto con el Dios que es la palabra viva y se nos aplica el Dios que es la palabra del Espíritu, a fin de que podamos ganar del Dios Triuno, quien es poderoso para dar vida a los muertos y llamar las cosas que no son como existentes; por tanto, la fe es Dios mismo corporificado en Cristo y hecho real a nosotros como el Espíritu.

Quando acudimos a la palabra escrita de Dios, tenemos contacto con el Dios que es la palabra viva y se nos aplica el Dios que es la palabra del Espíritu, a fin de que podamos ganar del Dios Triuno, quien es poderoso para dar vida a los muertos y llamar las cosas que no son como existentes (Ro. 4:17); por tanto, la fe es Dios mismo corporificado en Cristo y hecho real a nosotros como el Espíritu. La manera de tener contacto, en la palabra escrita, con Dios, quien es la palabra viviente, y de tener la experiencia de que Él nos sea aplicado como la palabra del Espíritu, es orar-leer la Palabra o asistir a una reunión en un espíritu y ambiente de oración, para experimentar el oír con fe. Debemos abrirnos al Señor y decirle: “Señor, quiero tener un oído para oír lo que el Espíritu diga en esta reunión”. Esta es la manera de ganar más del Dios Triuno. El Dios Triuno puede dar vida a los muertos y llamar las cosas que no son como existentes.

La fe es Dios mismo corporificado en Cristo y hecho real a nosotros como el Espíritu. Cuando recibimos la palabra aplicada, se nos aplica Dios en Cristo como el Espíritu en nuestro ser, lo cual llega a ser nuestra fe viviente. La iglesia es la casa de la fe. Es una gloria para Dios que las reuniones del ministerio y de la iglesia estén llenas de los vencedores que le buscan. Somos los que amamos locamente a Jesús ya que hemos visto a Aquel que no se ve. Tenemos contacto con Él y le disfrutamos. Ahora conocemos el significado del universo. Sólo tenemos la opción de elegir a Dios o elegir la basura, y lo único que queremos es más de Dios.

*Cuanto más obtenemos de Dios de esta manera,
más Él llega a ser nuestra fe;
la fe es Dios mismo, quien se aplica
a nuestro ser subjetivamente*

Cuanto más obtenemos de Dios de esta manera, más Él llega a ser nuestra fe; la fe es Dios mismo, quien se aplica a nuestro ser subjetivamente

Con fe, nada es imposible

Con fe, nada es imposible (*Himnos*, #238). ¡Que maravilloso! El Señor dijo: “Si tenéis fe como un grano de mostaza ... nada os será imposible” (Mt. 17:20b). Y dijo además: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (19:26). La fe es Dios mismo, quien se aplica a nuestro ser subjetivamente; para la fe nada le es imposible.

**LA NUEVA CREACIÓN ES UNA ENTIDAD DIVINA Y CORPORATIVA
COMPUESTA POR TODOS LOS HIJOS DE DIOS,
LA CUAL ES PRODUCIDA MEDIANTE
LA OBRA REDENTORA DE CRISTO,
LA REGENERACIÓN EFECTUADA POR EL ESPÍRITU
Y LA IMPARTICIÓN DE DIOS EN NOSOTROS,
Y AL ENTRAR NOSOTROS COLECTIVAMENTE COMO
NUEVO HOMBRE EN UNA UNIÓN ORGÁNICA CON EL DIOS TRIUNO**

La nueva creación es una entidad divina y corporativa, compuesta por todos los hijos de Dios (Gá. 3:26; 4:5, 7), la cual es producida mediante la obra redentora de Cristo, la regeneración efectuada por el Espíritu y la impartición de Dios en nosotros, y al entrar nosotros colectivamente como nuevo hombre en una unión orgánica con el Dios Triuno (6:15; 3:27-29). Solamente Dios es nuevo. Él es el único elemento nuevo en el universo. Podemos decir incluso que Dios es “nuevo” usando el término nuevo como si fuera un sustantivo. Así que, cuando Él se forja en nosotros, llegamos a ser la nueva creación. Somos nuevos debido a que Dios se ha forjado en nosotros.

Cuando Dios entró en nosotros, recibimos un espíritu nuevo (Ez. 36:26), debido a que Él, como Aquel que es nuevo, entró en nuestro espíritu. Ahora poseemos un espíritu nuevo con el cual podemos tener contacto con Dios. Él también nos dio un corazón nuevo, ya que Él se impartió en nuestro corazón, lo cual hizo que nuestro corazón fuese nuevo. Así que, ahora tenemos un corazón nuevo para amar a Dios. Sin embargo, necesitamos mantenernos en la novedad

de vida. Diariamente necesitamos disfrutar a Dios como Aquel que es nuevo, al ejercitar nuestro espíritu y al mantener nuestro corazón vuelto hacia Él. Entonces podemos andar en novedad de vida, servirle en la novedad del Espíritu y finalmente llegar a ser la Nueva Jerusalén.

La nueva creación es la obra maestra de la vida y la naturaleza divinas

*La vieja creación no posee la vida
y la naturaleza divinas, pero la nueva creación,
la cual se compone de los creyentes,
aquellos que han nacido de Dios, sí las posee*

La nueva creación es la obra maestra de la vida y la naturaleza divinas (2 Co. 5:17). La vieja creación no posee la vida y la naturaleza divinas, pero la nueva creación, la cual se compone de los creyentes, aquellos que han nacido de Dios, sí las posee. La Biblia afirma que tenemos la vida divina y que somos partícipes de la naturaleza divina (Jn. 1:13; 3:15; 2 P. 1:4), y nosotros lo creemos. ¡Aleluya! Tenemos Su vida y naturaleza, y somos una nueva creación.

*La nueva creación es el nuevo hombre,
en el cual no tienen cabida nuestro ser natural,
nuestro temperamento natural ni nuestro carácter natural*

La nueva creación es el nuevo hombre, en el cual no tienen cabida nuestro ser natural, nuestro temperamento natural ni nuestro carácter natural (Gá. 3:27-29; Col. 3:10-11). Pablo dice en Gálatas 3:28: “No hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. En el nuevo hombre no hay feminismo ni chauvinismo por parte de los varones. Ser chauvinista es considerar que cierto género, raza o país es superior que otros; es un complejo de superioridad. Todos los seres humanos caídos somos seres inferiores; el único que es superior es el Dios Triuno, y Él se ha forjado en nosotros. Es una gloria para Dios el hecho de que disfrutemos esta compenetración internacional en nuestros entrenamientos. Los santos de diferentes grupos étnicos y distintas nacionalidades están todos aquí reunidos. Este es verdaderamente un solo y nuevo hombre. ¡Qué gloria es ésta! Es imposible encontrar esto en ninguna otra parte de la tierra. ¡Esto es maravilloso!

“...[No] vale ... sino una nueva creación”

El punto principal de Gálatas es que nosotros somos la nueva creación y que debemos vivir por la nueva creación mediante la unión orgánica que tenemos con el Dios Triuno; la nueva creación cumple el propósito eterno de Dios, que consiste en que Él se exprese a Sí mismo por medio de la filiación divina

“...[No] vale ... sino una nueva creación” (6:15b). El punto principal de Gálatas es que nosotros somos la nueva creación y que debemos vivir por la nueva creación mediante la unión orgánica que tenemos con el Dios Triuno; la nueva creación cumple el propósito eterno de Dios, que consiste en que Él se exprese a Sí mismo por medio de la filiación divina (4:5; He. 2:10; Ro. 8:29).

Debemos andar “conforme a esta regla”, a saber, la regla de ser una nueva creación; andar conforme a dicha regla equivale a andar por el Espíritu

Debemos andar “conforme a esta regla”, a saber, la regla de ser una nueva creación; andar conforme a dicha regla equivale a andar por el Espíritu (Gá. 5:25). Gálatas 6:15b dice: “...[No] vale ... sino una nueva creación”. Luego el versículo 16 añade: “Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea sobre ellos, o sea sobre el Israel de Dios”. El andar mencionado en este versículo corresponde al término griego *stojjéo*. Esto significa que no solamente tenemos que tomar al Espíritu como nuestra esencia para nuestro diario vivir, sino que también necesitamos tomarlo como nuestro camino o nuestra senda. Debemos marchar juntos como el nuevo hombre en formación militar, teniendo como meta la nueva creación, la cual es la entidad divina compuesta de los hijos de Dios, para que Dios obtenga Su expresión corporativa. La regla por la que tenemos que andar es la regla de ser una nueva creación. Andar conforme a esta regla equivale a andar por el Espíritu.

Pablo usa el ejemplo representado por Abraham para mostrarnos cómo podemos “*stojjéo*”, a saber: lo hacemos tomando al Espíritu como la senda por la cual alcanzaremos la meta de la filiación, con miras a que se obtenga la expresión corporativa de Dios. En Romanos 4:12 Pablo dice que todos nosotros como creyentes necesitamos andar (*stojjéo*) en los mismos pasos de la fe en que anduvo nuestro padre

Abraham. El ejemplo de Abraham nos proporciona dos puntos muy prácticos que nos sirven de ayuda. Primero, nos muestra que necesitamos vivir por fe. Segundo, nos muestra que necesitamos vivir en comunión con Dios.

La fe es Dios en Cristo como el Espíritu infundido en nuestro ser para convertirse en nuestra capacidad para creer, con la cual nosotros podemos creer. La fe es Dios mismo, y necesitamos que Dios como nuestra fe se aumente en nosotros para que lleguemos a ser la familia de la fe en realidad. Abraham vivió por fe al hacer tres cosas. Primero, edificó un altar (Gn. 12:7b). Cuando ejercitamos nuestro espíritu para tocar al Señor, y la palabra viviente contenida en la palabra escrita llega a ser la palabra aplicada en nosotros, entonces Dios se aparece a nosotros para darnos una visitación en lo profundo de nuestro ser y así se nos infunde. El resultado es que espontáneamente edificamos un altar. Edificar un altar significa que adoramos a Dios con todo nuestro ser y que le ofrecemos a Dios todo lo que somos y todo lo que tenemos, con miras a que se cumpla la meta de Su economía en Su recobro. Debemos consagrárselo todo a Él. Debemos orar: “Señor Jesús, te doy toda mi vida por causa de Tu recobro. No conservo nada para mí mismo. Te doy todo mi ser, mi familia, mi trabajo, mi corazón, mi futuro, mi espíritu, mi alma, mi cuerpo, y te lo doy todo para el beneficio de Tu recobro y con el fin de cumplir Tu economía. Decido seguirte a dondequiera que vayas en la tierra”. Nuestra vida es muy corta; no debemos desperdiciarla. Qué privilegio es dar nuestra vida a Él y alcanzar la meta de la familia de la fe y la nueva creación. Si hemos de vivir por fe, necesitamos edificar un altar.

La segunda manera en que Abraham vivió por fe es que vivió en una tienda (v. 8). Vivir en una tienda significa ser un peregrino en la tierra, esto es, no tener morada fija. Nuestro verdadero hogar es el Dios Triuno. No debemos establecernos ni estar ocupados permanentemente. No debemos tener la actitud de que permaneceremos en la misma localidad por el resto de nuestra vida, y que nadie puede movernos. Debemos ser peregrinos y estar listos todo el tiempo cuando el Señor nos llame para transportar nuestra tienda y seguirle. Necesitamos llevar la vida del altar y la tienda, porque sólo lo queremos a Él. Él es lo único que importa para nosotros, y Él decide si nos movemos o permanecemos donde estamos. El lugar de bendición es dondequiera que sentimos que Él nos guíe, dondequiera que Él desee que estemos.

La tercera manera en que Abraham vivió por fe, es que él luchó por su sobrino Lot (14:1-20). Lot era uno que iba en descenso; él había decidido vivir en Sodoma. Más adelante, él y su familia estaban cautivos en dicha ciudad. Según nuestra perspectiva natural, Abraham debía de haber dicho: “Bien merecido lo tiene”. Pero ésa no fue la actitud de Abraham, y tampoco debería ser la nuestra. El Señor nunca se da por vencido con nosotros. Nosotros aún estamos en el recobro debido, absolutamente, a la misericordia del Señor. Cuando vemos a los hermanos y hermanas teniendo dificultades, desanimados o incluso desviándose del camino, deberíamos actuar como Abraham lo hizo. Abraham reunió a toda su casa y se marchó para rescatar a Lot. Él fue uno con el intercesor celestial, con Melquisedec, quien tipificaba a Cristo en Su ministerio celestial, en el sentido de que oró y peleó por su sobrino. Hermanos y hermanas, debemos consagrarnos para luchar unos por otros. Esto es vivir por fe.

Abraham también vivió en comunión con Dios. La Biblia incluso le llama “el amigo de Dios” (Jac. 2:23). Debemos orar: “Señor, quiero ser Tu amigo. Quiero ser constituido un amigo de Dios”. Abraham vivió en comunión con Dios durante toda su vida. Él disfrutó a Dios como el Todopoderoso que tiene ubre (Gn. 17:1). Él avanzó en el conocimiento de Dios hasta conocerle como *El Olam*, esto es, Aquel que está escondido, que es secreto y misterioso, y que es la vida eterna (21:33). Finalmente, conoció a Dios como *Jehová-jireh*, que significa: Jehová proveerá (22:14). Él provee el Cristo crucificado y resucitado, el cual es forjado en nosotros para edificarnos y prepararnos como Su novia vencedora, la cual está sobre el monte de Sión. Este es el resultado de tener una vida de comunión con Dios.

Abraham también tuvo fracasos. En Génesis 12 vemos que cuando vino una hambruna, él descendió a Egipto. Debido a que él temía que los egipcios lo mataran por causa de la belleza de Sara su mujer, él les dijo que ella era su hermana. Faraón quería tomar a Sara como esposa, pero Dios intervino y no permitió que esto aconteciera. Abraham falló, pero esto le hizo volver a tener comunión con Dios. En Génesis 20 vemos que Abraham había hecho lo mismo. Esta vez él fue a la región del Neguev, al área llamada Gerar y volvió a hacer lo mismo que había hecho con Sara antes (v. 2). La nota 1 del versículo 2 de la versión Recobro [en inglés] dice:

Cuando Abraham descendió de Hebrón (v. 1), él abandonó la presencia de Dios y la debida posición que le permitía

mantener su comunión con Dios (13:18 y las notas correspondientes). Aunque él había sido circuncidado tanto física como espiritualmente (17:10, 23-24 y la nota 10¹), cuando él abandonó la posición correcta en la cual tenía comunión con Dios, actuó de nuevo en la carne y repitió el mismo error (12:13). Esto muestra que no importa cuán alto hayan llegado a ser nuestros logros espirituales, en tanto que aún estemos en la vieja creación, si no nos mantenemos en comunión con Dios, podemos actuar en la carne y comportarnos igual que la gente mundana. No debemos tener ninguna confianza en la carne; la carne no es en absoluto digna de confiar en ella (Ro. 7:18; Fil. 3:3). Al contrario, debemos poner toda nuestra confianza en la presencia del Señor.

No importa por cuánto tiempo hayamos sido creyentes ni cuánto tiempo tengamos de estar en la iglesia; necesitamos permanecer en comunión con Dios cada día.

Vivir la nueva creación como hijos de Dios es andar regidos por la vida y la naturaleza divinas, tomándolas como nuestro principio gobernante y elemental; de este modo, llegaremos a ser la expresión corporativa, vasta y universal del Dios Triuno, con lo cual la filiación divina llega a su consumación

Vivir la nueva creación como hijos de Dios es andar regidos por la vida y la naturaleza divinas, tomándolas como nuestro principio gobernante y elemental; de este modo, llegaremos a ser la expresión corporativa, vasta y universal del Dios Triuno, con lo cual la filiación divina llega a su consumación.

Debemos andar conforme a la regla de la nueva creación, es decir, debemos seguir en pos de Cristo, nuestra meta, a fin de ganarlo a Él al máximo como el premio del llamamiento a lo alto que Dios nos hace

Debemos andar conforme a la regla de la nueva creación, es decir, debemos seguir en pos de Cristo, nuestra meta, a fin de ganarlo a Él al máximo como el premio del llamamiento a lo alto que Dios nos hace (vs. 13-16). En Filipenses 3:16 Pablo nos exhorta a andar conforme a la misma regla por la que él anduvo. El término “andar” en griego es

s *stojjéo*, y significa andar por el Espíritu como la regla o principio que nos guía, y como la senda por la cual llegamos a la meta de la filiación divina, cuyo fin es la expresión corporativa de Dios. A fin de andar conforme a esta regla, debemos ir en pos de Cristo, quien es nuestra meta, para poder ganar a Cristo al máximo como el premio del llamamiento a lo alto que Dios nos hace. Así que, debemos andar conforme a la regla de seguir en pos de Cristo. Este es nuestro camino. Estamos aquí para ir en pos de Cristo a fin de ganar más de Él. Nosotros también debemos andar conforme a la misma regla por la que anduvo el apóstol Pablo, al practicar la vida de iglesia conforme a la enseñanza de los apóstoles en el Nuevo Testamento.

Cristo, el Espíritu, la nueva creación y nuestro espíritu son los cuatro elementos básicos revelados en el libro de Gálatas, pues constituyen el concepto subyacente de la economía de Dios

*Cristo es el centro de la economía de Dios,
y el Espíritu es la realidad de Cristo;
nosotros llegamos a ser la nueva creación
cuando el Espíritu que está en nuestro espíritu hace que
Cristo sea una realidad para nosotros*

Cristo, el Espíritu, la nueva creación y nuestro espíritu son los cuatro elementos básicos revelados en el libro de Gálatas, pues constituyen el concepto subyacente de la economía de Dios. Cristo es el centro de la economía de Dios, y el Espíritu es la realidad de Cristo; nosotros llegamos a ser la nueva creación cuando el Espíritu que está en nuestro espíritu hace que Cristo sea una realidad para nosotros (1:16; 2:20; 4:19; 3:2-3, 14; 5:16, 25; 6:15, 18).

*Por lo tanto, nuestro espíritu es vital,
ya que nos permite llevar la vida de la nueva creación
con miras al cumplimiento del propósito de Dios*

Por lo tanto, nuestro espíritu es vital, ya que nos permite llevar la vida de la nueva creación con miras al cumplimiento del propósito de Dios (v. 18). Todo el libro de Gálatas está contenido en tres palabras: *con vuestro espíritu*, ya que el Espíritu de gracia está con nuestro espíritu. Nuestro objetivo es el Espíritu, somos llenos de este Espíritu, y estamos en el proceso de ser hechos hijos divinos en plenitud con el fin de expresarle corporativamente.

**EL ISRAEL DE DIOS ES EL ISRAEL VERDADERO,
EL CUAL INCLUYE A TODOS LOS QUE HAN CREÍDO EN CRISTO,
TANTO GENTILES COMO JUDÍOS, QUIENES SON
LOS VERDADEROS HIJOS DE ABRAHAM,
PERTENECEN A LA FAMILIA DE LA FE
Y ESTÁN EN LA NUEVA CREACIÓN**

El Israel de Dios (v. 16) es el Israel verdadero (Ro. 9:6b; 2:28-29; Fil. 3:3), el cual incluye a todos los que han creído en Cristo, tanto gentiles como judíos, quienes son los verdaderos hijos de Abraham (Gá. 3:7, 29), pertenecen a la familia de la fe (6:10), y están en la nueva creación (v. 15). Nosotros somos el verdadero Israel, los verdaderos judíos. Pablo, que era hebreo de hebreos (Fil. 3:5), dice: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión la que lo es en lo exterior, en la carne; sino que es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Ro. 2:28-29). Así que, los verdaderos judíos son aquellos cuyos corazones han sido circuncidados, y cuya carne ha sido cortada, y que viven en el Espíritu. Además, en Filipenses 3:3 Pablo nos dice: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”. Él les escribió esto a los filipenses, quienes eran gentiles.

Nosotros, el Israel de Dios somos tipificados por Jacob, quien fue transformado en Israel. Todo lo que Jacob era y todas sus experiencias nos tipifican a nosotros y nuestras experiencias. Jacob tuvo un sueño (Gn. 28:10-22). En su sueño él vio una escalera apoyada en la tierra, y a los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo por ella. Esta escalera trae los cielos a la tierra y une la tierra al cielo. Dicha escalera es Cristo (Jn. 1:51), y Él está en nuestro espíritu. Dios es infundido en nosotros a través de esta escalera. Dios es introducido en nosotros, y nosotros somos introducidos en Él. Dios se hizo hombre para que el hombre llegara a ser Dios en vida y en naturaleza. Cada uno de nosotros debe tener un sueño en el cual todos los hijos de Dios sean unidos y mezclados con el Dios Triuno e incorporados a Él. Esto es Betel, la casa de Dios. Nuestro sueño es Betel.

En Génesis 32 Jacob estaba a punto de confrontar a Esaú. Él estaba muy temeroso debido a que él había engañado a Esaú, y creía que Esaú iba a matarlo. Ya que Jacob era sumamente calculador, cuando estaba a punto de enfrentar a Esaú, dividió a su familia en dos grupos. Tenía

tanto temor de que Esaú fuera a matarlo, que envió a sus esposas y a sus hijos delante de él. Esa noche un hombre vino a él, y él luchó con este hombre. Dicho hombre era Dios mismo. Dios le preguntó: “¿Cuál es tu nombre? Y él le contestó, Jacob”. Dios le recordó que su nombre era Jacob para que no olvidara que era un suplantador, uno que siempre engañaba a los demás, y que vivía por su vida natural. Luego Dios tocó la coyuntura de su muslo (v. 25). La nota 2 del la Versión Recobro [en inglés] aquí dice: “El hecho de que Dios tocara la coyuntura del muslo de Jacob, el músculo más fuerte del cuerpo (v. 32), significa que tocaba la vida natural de Jacob, su fuerza natural. Éste fue el comienzo de la transformación de Jacob”. Luego el Señor le dijo: “No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres y has vencido” (v. 28). La nota 1 del versículo 28 dice que “Israel” significa “uno que lucha con Dios”. El cambio del nombre de Jacob por el de Israel indica que Dios finalmente transformaría a Jacob”. El significado secundario de “Israel” es “príncipe de Dios”. Por lo tanto, el hecho de que seamos el verdadero Israel indica que somos los que luchan con Dios, y que en esta lucha que sostenemos con Dios Él está transformándonos en príncipes de Dios. En nuestra vida diaria, luchamos. Cuando un esposo lucha con su esposa, él en realidad está luchando con Dios. Cuando estamos luchando acerca de algo que pasa en nuestra familia, estamos en realidad luchando con Dios. En tal lucha con Dios, Él está ganando más de nosotros.

**El verdadero Israel, esto es,
el Israel espiritual, es la iglesia;
hoy se necesita que el Señor recobre
al verdadero Israel de Dios**

El verdadero Israel, esto es, el Israel espiritual, es la iglesia; hoy se necesita que el Señor recobre al verdadero Israel de Dios (Gá. 6:16; 3:7, 29).

**La paz desciende sobre el verdadero Israel de Dios, es decir,
sobre aquellos que, al sembrar para el Espíritu,
andan conforme a esta regla,
la cual consiste en vivir la nueva creación**

La paz desciende sobre el verdadero Israel de Dios, es decir, sobre aquellos que, al sembrar para el Espíritu, andan conforme a esta regla, la cual consiste en vivir la nueva creación (6:7-10, 15-16).

**Aquellos que conforman el verdadero Israel
andan conforme a “esta regla”,
expresan la imagen de Dios y ejercen la autoridad de Dios;
ellos son tipificados por Jacob, quien fue transformado
en Israel, un príncipe de Dios y un vencedor**

Aquellos que conforman el verdadero Israel andan conforme a “esta regla” (v. 16), expresan la imagen de Dios y ejercen la autoridad de Dios; ellos son tipificados por Jacob, quien fue transformado en Israel, un príncipe de Dios y un vencedor (Gn. 32:27-28). “Israel” significa “príncipe de Dios”. Jacob fue un suplantador, pero debido a que tenía contacto con Dios y luchaba con Él, a él se le infundió Dios mismo. No importa cuál sea nuestra lucha con Dios, no debemos dejarlo ir. Jacob dijo: “No te dejaré, si no me bendices” (v. 26). Esta debe ser nuestra actitud. Cuando decimos esto, se debe a que es en realidad el Señor mismo quien tampoco no nos deja ir. Al final de la vida de Jacob, él bendijo a todos, incluyendo a Faraón. La bendición es el rebosamiento de la vida. Jacob engendró a José, quien fue una continuación de Jacob. A través de José, Jacob y su casa reinó sobre toda la tierra y la alimentó.

En Jacob vemos a Dios el Padre quien ama al hombre y lo escoge

En Jacob vemos a Dios el Padre quien ama al hombre y lo escoge (Mal. 1:2; Ro. 9:10-13). Hemos sido escogidos por Dios. Cada uno de nosotros es una persona que ha sido marcada. Dios nos escogió antes de que naciéramos tal como Él escogió a Jacob.

*En Jacob vemos que hemos sido destinados
para llevar una vida de luchas
todos nuestros días, en la cual el Espíritu nos disciplina
con el propósito de transformarnos interiormente*

En Jacob vemos que hemos sido destinados para llevar una vida de luchas todos nuestros días, en la cual el Espíritu nos disciplina con el propósito de transformarnos interiormente (Gn. 32:24-32; He. 12:6-11; 2 Co. 3:18). Debemos entender que el Señor usa nuestras circunstancias para derribar cada aspecto de nuestro ser natural. Al mismo tiempo, Él está reedificándonos interiormente con oro, plata y piedras preciosas, esto es, consigo mismo como la Trinidad Divina. Estamos siendo remodelados interiormente con el Dios Triuno, a medida que

nuestras circunstancias están siendo usadas para derribar nuestro ser natural. Esto es lo que aconteció con Jacob. Él tuvo cuatro esposas, doce hijos y una hija. Podríamos pensar que él tuvo una familia disfuncional, pero en realidad fue una familia que le ayudó a su transformación. El Señor usa todas las cosas, incluyendo nuestra vida familiar para transformarnos. Todas las cosas ayudan para bien, para que Él pueda forjarse a Sí mismo en nosotros, transformarnos y conformarnos a Su imagen.

En Jacob vemos a Dios el Espíritu, quien en todas las cosas obra para el bien de los que le aman y quien los transforma y los hace madurar en la vida divina, a fin de hacerlos aptos para bendecir a todos los hombres, gobernar sobre toda la tierra y satisfacer a todas las personas ministrándoles a Dios el Hijo como el suministro de vida

En Jacob vemos a Dios el Espíritu, quien en todas las cosas obra para el bien de los que le aman y quien los transforma y los hace madurar en la vida divina, a fin de hacerlos aptos para bendecir a todos los hombres, gobernar sobre toda la tierra y satisfacer a todas las personas ministrándoles a Dios el Hijo como el suministro de vida (Gn. 27:41; 28:1—35:10; caps. 37, 39—49; Ro. 8:28-29). El bien de los que le aman a Dios consiste en que ellos sean transformados y madurados en la vida divina a fin de ser aptos para bendecir a todas las personas. Esto es lo que Jacob hizo al final de su vida. Él gobernó toda la tierra a través de José, y satisfizo a todas las personas ministrándoles a Dios el Hijo como el suministro de vida. A través de José, toda la tierra fue alimentada. A través del recobro, esta tierra hambrienta será alimentada.

Al vivir la nueva creación, en la que dos vidas se han mezclado, llegamos a ser el Israel de Dios sobre la tierra hoy, es decir, llegamos a ser Sus príncipes y Sus vencedores y, como tales, ejerceremos Su autoridad y representaremos Su gobierno

Nuestro destino no es solamente ser hijos de Dios, sino ser reyes que rigen en el reino de Dios; lo que Pablo dice acerca del Israel de Dios da a entender que nosotros debemos vivir y andar como reyes

Al vivir la nueva creación, en la que dos vidas se han mezclado, llegamos a ser el Israel de Dios sobre la tierra hoy, es decir, llegamos a ser

Sus príncipes y vencedores y, como tales, ejerceremos Su autoridad y representaremos Su gobierno (cfr. Ap. 2:26-27). Nuestro destino no es solamente ser hijos de Dios, sino ser los reyes que rigen en el reino de Dios; lo que Pablo dice acerca del Israel de Dios da a entender que necesitamos vivir y andar como reyes (Ro. 5:17, 21). Según Romanos 5:17, llevamos esto a cabo al recibir la abundancia de la gracia. La gracia está con nuestro espíritu. Cuando decimos: “Señor, mantenme abierto a Ti todo el día”, y cuando ejercitamos nuestro espíritu y oramos-leemos la Palabra, entonces disfrutamos al Dios Triuno en plenitud y somos gobernados por la gracia. La gracia nos gobierna y nos restringe. La gracia llega a ser nuestro Señor, nuestro Rey, nuestra restricción, nuestro carril y nuestra limitación, y andamos como reyes en la tierra.

Para ser hijos de Dios que viven apropiadamente, es suficiente llevar el fruto del Espíritu, pero para ser reyes, esto es, el Israel de Dios, se requiere que llevemos otra clase de vida, que andemos por el Espíritu de una manera particular; es decir, necesitamos vivir como hijos de Dios y también como el Israel de Dios

Para ser hijos de Dios que viven apropiadamente, es suficiente llevar el fruto del Espíritu, pero para ser reyes, esto es, el Israel de Dios, se requiere que llevemos otra clase de vida, que andemos por el Espíritu de una manera particular; es decir, necesitamos vivir como hijos de Dios y también como el Israel de Dios (Gá. 5:16, 25).

Este vivir reinante y vencedor edifica el Cuerpo de Cristo y redunda en la consumación máxima del Israel de Dios, a saber: la Nueva Jerusalén

Este vivir reinante y vencedor edifica el Cuerpo de Cristo y redunda en la consumación máxima del Israel de Dios, a saber: la Nueva Jerusalén (Ap. 21:2). Esta es la meta de Dios: la filiación divina que redunda en la expresión corporativa de Dios como la familia de la fe, la nueva creación y el Israel de Dios.—E. M.